

PALABRA POR PALABRA

Bertran del Vernet, caballero y trovador, se lo pasaba muy bien con las peleas de los nobles. En una ocasión escribió un serventesio cargado de mala intención para enfurecer a su vecino, Huguet Trencacolls, que tenía fama de hacer honor a su apellido y romper el cuello a quienes buscaban pelea. Bertran mandó a su juglar, Ocell, al castillo vecino para cantar el poema.

El juglar se dirigió asustado hacia allí, ensayando la canción y pensando algún truco. La cantó y Huguet la encontró muy halagadora. No sólo no había nada ofensivo en ella, sino que incluso le gustó y se lo agradeció con buenas palabras y regalos para el señor del Vernet. Cuando se enteró, Bertran se quedó consternado. ¿Cómo podía ser que para Huguet fuera agradable un serventesio tan escatológico y repulsivo? ¿Quizá había perdido él la gracia de molestar? ¿Ocell había cantado la misma canción que él había escrito? Ocell le juró que se la había recitado *palabra por palabra*. Y así lo hizo:

CÓMO LO ESCRIBIÓ BERTRAN

*Ratas de estercolero, de bigotes
mojados,
limazas babosas, lagartija salada.
En la mesa de Huguet Trencacolls
no encontraréis mejor manjar.
En abundancia os llenará el plato.
Hug, ¡caray!, es un puerco, no es
un señor.*

CÓMO LO CANTÓ OCELL

*Ratas de estercolero, de bigotes
mojados,
limazas babosas, lagartija salada,
en la mesa de Huguet Trencacolls
no encontraréis. Mejor manjar
en abundancia os llenará el plato.
Hug, ¡caray!, ¿es un puerco? No, es
un señor.*

«Palabra por palabra», de María Novell, reproducido en *La cocina de la escritura*, de Daniel Cassany (1995: 174):

TRES BELLAS QUE BELLAS SON

Soledad, Julia e Irene, tres hermanas bastante lindas y jóvenes, eran visitadas con mucha frecuencia por un caballero muy culto, elegante y buen mozo. Era tan sabio este señor y tan simpático, que conquistó el corazón de las tres hermanas sin haberse declarado a ninguna de ellas, y llegó a tal grado el entusiasmo de las pobres hermosas, que todo era entre las mismas disputas y discusiones, amenazando turbar la paz de familia y convertir la casa en un infierno.

Para salir de esta situación penosa exigieron del joven que se declarase, y acosado y comprometido ofreció consignar en una décima el estado de su corazón con respecto a ellas; pero con la condición precisa de que no había de estar puntuada, y autorizando a cada una de las tres hermanas para que la puntuase a su manera.

Esta es la décima:

*Tres bellas que bellas son
me han exigido las tres
que diga de ellas cuál es
la que ama mi corazón
si obedecer es razón
digo que amo a Soledad
no a Julia cuya bondad
persona humana no tiene
no aspira mi amor a Irene
que no es poca su beldad.*

Soledad, que abrió la carta, la leyó para sí y dijo a sus hermanas:

—Hijas mías, la preferida soy yo, o si no oíd.

Y leyó la décima con la siguiente puntuación:

*Tres bellas, ¡qué bellas son!,
me han exigido las tres
que diga de ellas cuál es
la que ama mi corazón.
Si obedecer es razón,
digo que amo a Soledad;
no a Julia, cuya bondad
persona humana no tiene;
no aspira mi amor a Irene,
que no es poca su beldad.*

—Siento mucho desvanecer esa ilusión, hermana mía —dijo la hermosa Julia—, pero yo soy la preferida, y en prueba de ello escuchad:

*Tres bellas, ¡qué bellas son!,
me han exigido las tres
que diga de ellas cuál es
la que ama mi corazón.
Si obedecer es razón,
¿digo que amo a Soledad?*

*No. A Julia, cuya bondad
persona humana no tiene.
No aspira mi amor a Irene,
que no es poca su beldad.*

—Las dos estáis engañadas —dijo Irene— y el amor propio os ofusca, pues es indudable que a la que él ama, de las tres, soy yo. Veamos:

*Tres bellas, ¡qué bellas son!,
me han exigido las tres
que diga de ellas cuál es
la que ama mi corazón.
Si obedecer es razón,
¿digo que amo a Soledad?
No. ¿A Julia, cuya bondad
persona humana no tiene?
No. Aspira mi amor a Irene,
que no es poca su beldad.*

Quedaron en la misma duda, en la misma confusión, y determinaron salir de la incertidumbre exigiendo al joven la puntuación de la décima, el cual les escribió una copia puntuada de esta manera:

Tres bellas, ¡qué bellas son!,
me han exigido las tres
que diga de ellas cuál es
la que ama mi corazón.
Si obedecer es razón,
¿digo que amo a Soledad?
No. ¿A Julia, cuya bondad
persona humana no tiene?
No. ¿Aspira mi amor a Irene?
¡Qué!... ¡No!... Es poca su beldad.

«Tres bellas que bellas son», de Roberto Vilches Acuña, en *Curiosidades literarias y malabarismos de la lengua* (1955).